

# LA CAUTIVA

Esteban Echeverría



**Esteban Echeverría**

**La cautiva**

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
17-05-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-1781-10-2

Publisher: Vi- Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
17-05-2019

# Inicio

*Female hearts are such a genial soil  
For Kinderfeelings, whatsoe'er their nation,  
They naturally pour the «wine and oil»  
Samaritans in every situation;*

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos: –ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.  
BYRON.

# Primera parte

*Ils vont. L'espace est grand.*  
HUGO.

El Desierto  
Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El Desierto  
inconmensurable, abierto,  
y misterioso a sus pies  
se extiende; triste el semblante,  
solitario y taciturno  
como el mar, cuando un instante  
al crepúsculo nocturno,  
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
do fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
del ave y bruto guaridas,  
doquier cielo y soledades  
de Dios sólo conocidas,  
que Él sólo puede sondar.

A veces, la tribu errante,  
sobre el potro rozagante,  
cuyas crines altaneras  
flotan al viento ligeras,

lo cruza cual torbellino,  
y pasa; o su toldería  
sobre la grama frondosa  
asienta, esperando el día  
duerme, tranquila reposa,  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
sublimes y a par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí! ¡Cuánto arcano  
que no es dado al vulgo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
la aura aromática y pura,  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer.

Las armonías del viento  
dicen más al pensamiento  
que todo cuanto a porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
reclinaba en occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera  
el desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo

esparcía, misteriosa  
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas  
sus alas de aroma llenas,  
entre la yerba bullía  
del campo que parecía  
como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero  
relinchaba un bruto fiero  
aquí o allá, en la campaña;  
bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz;  
o las nubes contemplando,  
como extático y gozoso,  
el yajá, de cuando en cuando,  
turbaba el mudo reposo  
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía:  
la silenciosa llanura  
fue quedando más oscura,  
más pardo el cielo, y en él,  
con luz trémula brillaba  
una que otra estrella, y luego  
a los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,

con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja,  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió;  
mientras la noche bajando  
lenta venía, la calma,  
que contempla suspirando  
inquieta a veces el alma,  
con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido  
que suele hacer el tronido  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor;  
se perdió... y luego violento,  
como baladro espantoso  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro,  
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando;  
víanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?



¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino;  
¡mirad! como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma;  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sin mirar alrededor?  
¡Ved que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos,  
llevan cabezas humanas,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;  
y su rencor todavía  
mira, con torpe placer,  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,  
exclamando: –«Ya pagaron  
del cristiano los caudillos

el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
a libertar, y como antes,  
nuestras lanzas probarán.»

Tal decía, y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hueco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto,  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.

## Segunda parte

*...orríbile favelle,  
parole di dolore, accenti d'ira,  
voci alte e fioche, e suon di man con elle  
Facévanoun tumulto...*  
DANTE.

El festín  
Noche es el vasto horizonte,  
noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
el genio de las tinieblas,  
para algún misterio inmundo,  
sobre la llanura inmensa,  
la lobreguez del abismo  
donde inalterable reina.  
Sólo inquietos divagando,  
por entre las sombras negras,  
los espíritus foletos  
con viva luz reverberan,  
se disipan, reaparecen,  
vienen, van, brillan, se alejan,  
mientras el insecto chillan,  
y en fachinales o cuevas  
los nocturnos animales  
con triste aullido se quejan.  
La tribu aleve, entretanto,  
allá en la pampa desierta,  
donde el cristiano atrevido  
jamás estampa la huella,  
ha reprimido del bruto

la estrepitosa carrera;  
y campo tiene fecundo  
al pie de una loma extensa,  
lugar hermoso, do a veces  
sus tolderías asienta.  
Feliz la maloca ha sido;  
rica y de estima la presa  
que arrebató a los cristianos:  
caballos, potros y yeguas,  
bienes que en su vida errante  
ella más que el oro precia;  
muchedumbre de cautivas,  
todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
pacen la fragante yerba;  
y al lazo, algunos prendidos,  
a la pica, o la manea,  
de sus indolentes amos  
el grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
que charla ufana y hambrienta,  
atado entre cuatro lanzas,  
como víctima en reserva,  
noble espíritu valiente  
mira vacilar su estrella;  
al paso que su infortunio,  
sin esperanza, lamentan,  
rememorando su hogar,  
los infantes y las hembras.  
Arden ya en medio del campo  
cuatro extendidas hogueras,  
cuyas vivas llamaradas  
irradiando, colorean  
el tenebroso recinto  
donde la chusma hormiguea.  
En torno al fuego sentados  
unos lo atizan y ceban;

otros la jugosa carne  
al rescoldo o llama tuestan.  
Aquél come, éste destriza,  
más allá alguno degüella  
con afilado cuchillo  
la yegua al lazo sujeta,  
y a la boca de la herida,  
por donde ronca y resuella,  
y a borbollones arroja  
la caliente sangre fuera,  
en pie, trémula y convulsa,  
dos o tres indios se pegan  
como sedientos vampiros,  
sorben, chupan, saborean  
la sangre, haciendo mormullo,  
y de sangre se rellenan.  
Baja el pescuezo, vacila,  
y se desploma la yegua  
con aplausos de las indias  
que a descuartizarla empiezan.  
Arden en medio del campo,  
con viva luz las hogueras;  
sopla el viento de la pampa  
y el humo y las chispas vuelan.  
A la charla interrumpida,  
cuando el hambre está repleta,  
sigue el cordial regocijo,  
el beberaje y la gresca,  
que apetecen los varones,  
y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
en grandes bacías echan;  
y, tendidos de barriga  
en derredor, la cabeza  
meten sedientos, y apuran  
el apetecido néctar,  
que bien pronto los convierte

en abominables fieras.  
Cuando algún indio, medio ebrio,  
tenaz metiendo la lengua  
sigue en la preciosa fuente,  
y beber también no deja  
a los que agujian furiosos,  
otro viene, de las piernas  
lo agarra, tira y arrastra,  
y en lugar suyo se espeta.  
Así bebe, ríe, canta,  
y al regocijo sin rienda  
se da la tribu; aquel ebrio  
se levanta, bambolea,  
a plomo cae, y gruñendo  
como animal se revuelca.  
Éste chilla, algunos lloran,  
y otros a beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
la embriaguez se enseñoera  
y hace andar en remolino  
sus delirantes cabezas;  
entonces empieza el bullicio,  
y la algazara tremenda,  
el infernal alarido  
y las voces lastimeras,  
mientras sin alivio lloran  
las cautivas miserables,  
y los ternezuelos niños,  
al ver llorar a sus madres.  
Las hogueras, entretanto,  
en la obscuridad flamean,  
y a los pintados semblantes  
y a las largas cabelleras  
de aquellos indios beodos,  
da su vislumbre siniestra  
colorido tan extraño,  
traza tan horrible y fea,

que parecen del abismo  
précito, inmunda ralea,  
entregada al torpe gozo  
de la sabática fiesta.  
Todos en silencio escuchan;  
una voz entona recia  
las heroicas alabanzas,  
y los cantos de la guerra:

–Guerra, guerra, y exterminio  
al tiránico dominio  
del huinca; engañosa paz:  
devore el fuego sus ranchos,  
que en su vientre los caranchos  
ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,  
y en su fogoso tordillo  
salió Brian;  
pocos eran y él delante  
venía, al bruto arrogante  
dio una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:  
con la fulminante espada  
se alzó Brian;  
grandes sus ojos brillaron,  
y las cabezas rodaron  
de Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido  
como toro enfurecido  
se encaró,  
ceño torvo revolviendo,  
y el acero sacudiendo:  
nadie acometerlo osó.

*Valichu* estaba en su brazo;  
pero al golpe de un bolazo  
cayó Brian  
como potro en la llanura:  
cebo en su cuerpo y hartura  
encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega  
el que vivir quiere esclavo;  
pero el indio guapo, no:  
Chañil murió como bravo,  
batallando en la refriega,  
de una lanzada murió.

Salió Brian airado  
blandiendo la lanza,  
con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
del pecho clavado  
en el hierro agudo,  
con brazo forzado,  
Brian lo levantó.

Funeral sangriento  
ya tuvo en el llano;  
ni un solo cristiano  
con vida escapó.  
¡Fatal vencimiento!  
Lloremos la muerte  
del indio más fuerte  
que la pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,  
quiénes sus hazañas mentan.  
Óyense voces confusas,  
medio articuladas quejas,  
baladros, cuyo son ronco



en la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
y un sordo mormullo reina,  
semejante al de la brisa  
cuando rebulle en la selva;  
pero, gritando, algún indio  
en la boca se palmea,  
y el disonante alarido  
otra vez el campo atruena.  
El indeleble recuerdo  
de las pasadas ofensas  
se aviva en su ánimo entonces,  
y atizando su fiereza  
al rencor adormecido  
y a la venganza subleva.  
En su mano los cuchillos,  
a la luz de las hogueras,  
llevando muerte relucen;  
se ultrajan, riñen, vocean,  
como animales feroces  
se despedazan y bregan.  
Y, asombradas, las cautivas  
la carnicería horrenda  
miran, y a Dios en silencio  
humildes preces elevan.  
Sus mujeres entretanto,  
cuya vigilancia tierna  
en las horas de peligro  
siempre cautelosa vela,  
acorren luego a calmar  
el frenesí que los ciega,  
ya con ruegos y palabras  
de amor y eficacia llenas,  
ya interponiendo su cuerpo  
entre las armas sangrientas.  
Ellos resisten y luchan,  
las desoyen y atropellan,

lanzando injuriosos gritos;  
y los cuchillos no sueltan  
sino cuando, ya rendida  
su natural fortaleza  
a la embriaguez y al cansancio,  
dobla el cuello y cae por tierra.  
Al tumulto y la matanza  
sigue el llorar de las hembras  
por sus maridos y deudos,  
las lastimosas endechas  
a la abundancia pasada,  
a la presente miseria,  
a las víctimas queridas  
de aquella noche funesta.  
Pronto un profundo silencio  
hace a los lamentos tregua,  
interrumpido por ayes  
de moribundos, o quejas,  
risas, gruñir sofocado  
de la embriagada torpeza;  
al espantoso ronquido  
de los que durmiendo sueñan,  
los gemidos infantiles  
del *ñacurutú* se mezclan;  
chillidos, aúllos tristes  
del lobo que anda a la presa.  
De cadáveres, de troncos,  
miembros, sangre y osamentas,  
entremezclados con vivos,  
cubierto aquel campo queda,  
donde poco antes la tribu  
llegó alegre y tan soberbia.  
La noche en tanto camina  
triste, encapotada y negra;  
y la desmayada luz  
de las festivas hogueras  
sólo alumbra los estragos

de aquella bárbara fiesta.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
17-05-2019

# Tercera parte

*Yo iba a morir, es verdad,  
Entre bárbaros crüeles,  
y allí el pesar me mataba  
de morir, mi bien, sin verte.  
A darme la vida tú  
saliste, hermosa, y valiente.  
CALDERÓN.*

El puñal

Yace en el campo tendida,  
cual si estuviera sin vida,  
ebria, la salvaje turba,  
y ningún ruido perturba  
su sueño o sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados  
todos duermen sosegados.  
Sólo, en vano tal vez, velan  
los que libertarse anhelan  
del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
los caballos, que vagando  
libres despuntan la grama;  
y a la moribunda llama  
de las hogueras se ve,  
se ve sola y taciturna,  
símil a sombra nocturna,  
moverse una forma humana,  
como quien lucha y se afana,  
y oprime algo bajo el pie.

Se oye luego triste aúllo,  
y horrisonante mormullo,  
semejante al del novillo  
cuando el filoso cuchillo  
lo degüella sin piedad,  
y por la herida resuella,  
y aliento y vivir por ella,  
sangre hirviendo a borbollones,  
en horribles convulsiones,  
lanza con velocidad.

Silencio; ya el paso leve  
por entre la yerba mueve,  
como quien busca y no atina,  
y temeroso camina  
de ser visto o tropezar,  
una mujer: en la diestra  
un puñal sangriento muestra,  
sus largos cabellos flotan  
desgreñados, y denotan  
de su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;  
sobre salvajes dormidos  
va pasando, escucha, mira,  
se para, apenas respira,  
y vuelve de nuevo a andar.  
Ella marcha, y sus miradas  
vagan en torno, azoradas,  
cual si creyesen ilusas  
en las tinieblas confusas  
mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra,  
como el criminal, se asombra;  
alza, inclina la cabeza;

pero en un cráneo tropieza  
y queda al punto mortal.  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
y se revuelve; mas ella  
cobra espíritu y coraje,  
y en el pecho del salvaje  
clava el agudo puñal.

El indio dormido expira,  
y ella veloz se retira  
de allí, y anda con más tino  
arrastrando del destino  
la rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
un afecto generoso  
la impele y guía segura,  
como luz de estrella pura,  
por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría  
palpita; lo que quería,  
lo que buscaba con ansia  
su amorosa vigilancia,  
encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
de su alma el espejo terso,  
su amor, esperanza y vida;  
allí contempla embebida  
su terrestre serafín.

—Brian —dice—, mi Brian querido  
busca durmiendo el olvido;  
quizás ni soñando espera  
que yo entre esta gente fiera  
le venga a favorecer.  
Lleno de heridas, cautivo,  
no abate su ánimo altivo

la desgracia, y satisfecho  
descansa, como en su lecho,  
sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
para hacerle más amargo  
de la muerte el pensamiento,  
deleitarse en su tormento,  
y más su rencor cebar  
prolongando su agonía,  
la vida suya, que es mía,  
guardaron, cuando, triunfantes,  
hasta los tiernos infantes  
osaron despedazar,

arrancándolos del seno  
de sus madres –¡día lleno  
de execración y amargura,  
en que murió mi ventura,  
tu memoria me da horror!–.  
Así dijo, y ya no siente,  
ni llora, porque la fuente  
del sentimiento fecunda,  
que el femenino pecho inunda,  
consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
en su corazón alianza  
han hecho, y sólo una idea  
tiene fija y saborea  
su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
lleno de gozo y martirio  
queda, hasta que al fin estalla  
como volcán, y se explaya  
la lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
mirando al cielo, y ceñido  
el cuerpo con duros lazos,  
abiertos en cruz los brazos,  
ligadas manos y pies.  
Cautivo está, pero duerme;  
inmóvil, sin fuerza, inerme  
yace su brazo invencible:  
de la pampa el león terrible  
presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,  
esperando con el día  
horrible muerte, está el hombre  
cuya fama, cuyo nombre  
era, al bárbaro traidor,  
más temible que el zumbido  
del hierro o plomo encendido;  
más aciago y espantoso  
que el *valichu* rencoroso  
a quien ataca su error.

Allí está; silenciosa ella,  
como tímida doncella,  
besa su entreabierta boca,  
cual si dudara le toca  
por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras,  
que sus carnes roen duras,  
corta, corta velozmente  
con su puñal obediente,  
teñido en sangre común.

Brian despierta; su alma fuerte,  
conforme ya con su suerte,  
no se conturba, ni azora;  
poco a poco se incorpora,



mira sereno, y cree ver  
un asesino: echan fuego  
sus ojos de ira; mas luego  
se siente libre, y se calma,  
y dice: –¿Eres alguna alma  
que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,  
ángel bueno, o vacilante  
parto de mi fantasía?  
–Mi vulgar nombre es María,  
ángel de tu guarda soy;  
y mientras cobra pujanza,  
ebria la feroz venganza  
de los bárbaros, segura,  
en aquesta noche oscura,  
velando a tu lado estoy:

nada tema tu congoja.—  
Y enajenada se arroja  
de su querido en los brazos,  
la da mil besos y abrazos,  
repitiendo: –Brian, Brian.—  
La alma heroica del guerrero  
siente el gozo lisonjero  
por sus miembros doloridos  
correr, y que sus sentidos  
libres de ilusión están.

Y en labios de su querida  
apura aliento de vida,  
y la estrecha cariñoso  
y en éxtasis amoroso  
ambos respiran así;  
mas, súbito él la separa,  
como si en su alma brotara  
horrible idea, y la dice:

–María, soy infelice,  
ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
habrá ajado la pureza  
de tu honor, y mancillado  
tu cuerpo santificado  
por mi cariño y tu amor;  
ya no me es dado quererte.–  
Ella le responde: –Advierte  
que en este acero está escrito  
mi pureza y mi delito,  
mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,  
y saltará de contento  
tu corazón orgulloso;  
diómelo amor poderoso,  
diómelo para matar  
al salvaje que insolente  
ultrajar mi honor intente;  
para, a un tiempo, de mi padre,  
de mi hijo tierno y mi madre,  
la injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa  
que la luz del sol hermosa,  
sacar de las fieras manos  
de estos tigres inhumanos,  
o contigo perecer.  
Loncoy, el cacique altivo  
cuya saña al atractivo  
se rindió de estos mis ojos,  
y quiso entre sus despojos  
de Brian la querida ver,

después de haber mutilado

a su hijo tierno; anegado  
en su sangre yace impura;  
sueño infernal su alma apura:  
diole muerte este puñal.  
Levanta, mi Brian, levanta,  
sigue, sigue mi ágil planta;  
huyamos de esta guarida  
donde la turba se anida  
más inhumana y fatal.

–¿Pero adónde, adónde iremos?  
¿Por fortuna encontraremos  
en la pampa algún asilo,  
donde nuestro amor tranquilo  
logre burlar su furor?  
¿Podremos, sin ser sentidos  
escapar, y desvalidos  
caminar a pie, ijadeando,  
con el hambre y sed luchando,  
el cansancio y el dolor?

–Sí; el anchuroso desierto  
más de un abrigo encubierto  
ofrece, y la densa niebla,  
que el cielo y la tierra puebla,  
nuestra fuga ocultará.  
Brian, cuando aparezca el día,  
palpitantes de alegría,  
lejos de aquí ya estaremos,  
y el alimento hallaremos  
que el cielo al infeliz da.

–Tú podrás, querida amiga,  
hacer rostro a la fatiga,  
mas yo, llagado y herido,  
débil, exangüe, abatido,  
¿cómo podré resistir?

Huye tú, mujer sublime,  
y del oprobio redime  
tu vivir predestinado;  
deja a Brian infortunado,  
solo, en tormentos morir.

–No, no, tu vendrás conmigo,  
o pereceré contigo.  
De la amada patria nuestra  
escudo fuerte es tu diestra,  
¿y qué vale una mujer?  
Huyamos, tú de la muerte,  
yo de la oprobiosa suerte  
de los esclavos; propicio  
el cielo este beneficio  
nos ha querido ofrecer;

no insensatos lo perdamos.  
Huyamos, mi Brian, huyamos;  
que en el áspero camino  
mi brazo, y poder divino  
te servirán de sostén.  
–Tu valor me infunde fuerza,  
y de la fortuna adversa,  
amor, gloria o agonía  
participar con María  
yo quiero; huyamos, ven, ven.–

Dice Brian y se levanta;  
el dolor traba su planta,  
mas devora el sufrimiento;  
y ambos caminan a tienta  
por aquella obscuridad.  
Tristes van, de cuando en cuando  
la vista al cielo llevando,  
que da esperanza al que gime,  
¿qué busca su alma sublime?

la muerte o la libertad.

–Y en esta noche sombría  
¿quién nos servirá de guía?  
–Brian, ¿no ves allá una estrella  
que entre dos nubes centella  
cual benigno astro de amor?  
Pues ésa es por Dios enviada,  
como la nube encarnada  
que vio Israel prodigiosa;  
sigamos la senda hermosa  
que nos muestra su fulgor,

ella del triste desierto  
nos llevará a feliz puerto.–  
Ellos van; solas, perdidas,  
como dos almas queridas,  
que amor en la tierra unió,  
y en la misma forma de antes,  
andan por la noche errantes,  
con la memoria hechicera  
del bien que en su primavera  
la desdicha les robó.

Ellos van. Vasto, profundo  
como el páramo del mundo  
misterioso es el que pisan;  
mil fantasmas se divisan,  
mil formas vanas allí,  
que la sangre joven hielan:  
mas ellos vivir anhelan.  
Brian desmaya caminando  
y, al cielo otra vez mirando,  
dice a su querida así:

–Mira: ¿no ves? la luz bella  
de nuestra polar estrella

de nuevo se ha obscurecido,  
y el cielo más denegrido  
nos anuncia algo fatal.

–Cuando contrario el destino  
nos cierre, Brian, el camino,  
antes de volver a manos  
de esos indios inhumanos,  
nos queda algo: este puñal.

# Cuarta parte

*Già la terra e coperta d'uccisi;  
tutta è sangue la vasta pianura;...*

[Ya la tierra está cubierta de asesinos,  
la vasta llanura es toda sangre.]

y en el oriente nubloso,

ni del pájaro se oía

mezclaba su voz sonora

dormía la tribu infiel;

Súbito, al trote asomaron

la chusma quieta y dormida,

un escuadrón de lanceros

en doble muro encerró.

clamando azorada,

los unos pasmados, al peligro horrendo,

quién corre su potro querido a buscar;

blandiendo en su mano

El sol aparece; las armas agudas

sin su apoyo, inerme, se deja vencer.

los fieros cuchillos

todo se confunde: del plomo el silbido,

ni hembra, ni varón, ni cría

su cerviz al hierro dio.

Y del sueño de la vida

lágrimas de regocijo;

halló a Brian en el desierto,

su valor y su lealtad.

# Quinta parte

*...e lo spirito lasso*  
*Conforta, e ciba di speranza buona;*  
...[y el ánimo cansado,  
Conforta, y nutre de esperanza buena;]  
DANTE.

El pajonal  
Así, huyendo a la ventura,  
ambos a pie divagaron  
por la lóbrega llanura,  
y al salir la luz del día,  
a corto trecho se hallaron  
de un inmenso pajonal.  
Brian debilitado, herido,  
a la fatiga rendido  
la planta apenas movía;  
su angustia era sin igual.  
Pero un ángel, su querida,  
siempre a su lado velaba,  
y el espíritu y la vida,  
que su alma heroica anidaba,  
la infundía, al parecer,  
con miradas cariñosas,  
voces del alma profundas,  
que debieran ser eternas,  
y aquellas palabras tiernas,  
o armonías misteriosas  
que sólo manan fecundas  
del labio de la mujer.



Temerosos del salvaje,  
acogiéronse al abrigo  
de aquel pajonal amigo,  
para de nuevo su viaje  
por la noche continuar;  
descansar allí un momento,  
y refrigerio y sustento  
a la flaqueza buscar.

Era el adusto verano.  
Ardiente el sol como fragua,  
en cenagoso pantano  
convertido había el agua  
allí estancada, y los peces,  
los animales inmundos  
que aquel bañado habitaban  
muertos, al aire infectaban,  
o entre las impuras heces  
aparecían a veces  
boqueando moribundos,  
como del cielo implorando  
agua y aire: aquí se vía  
al voraz cuervo, tragando  
lo más asqueroso y vil;  
allí la blanca cigüeña,  
el pescuezo corvo alzando,  
en su largo pico enseña  
el tronco de algún reptil;  
más allá se ve el carancho,  
que jamás presa desdeña,  
con pico en forma de gancho  
de la expirante alimaña  
sajar la fétida entraña.  
Y en aquel páramo yerto,  
donde a buscar como a puerto  
refrigerio, van errantes  
Brian y María anhelantes,

sólo divisan sus ojos,  
feos, inmundos despojos  
de la muerte. ¡Qué destino  
como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino  
la memoria perdurable  
de la pasada ventura  
a turbar su fantasía  
¡cuán amarga les sería!  
¡cuán triste, yerma y obscura!

Pero con pecho animoso  
en el lodo pegajoso  
penetraron, ya cayendo,  
ya levantando o subiendo  
el pie flaco y dolorido;  
y sobre un flotante nido  
de yajá (columna bella,  
que entre la paja descuella,  
como edificio construido  
por mano hábil) se sentaron  
a descansar o morir.  
Súbito allí desmayaron  
los espíritus vitales  
de Brian a tanto sufrir;  
y en los brazos de María,  
que inmóvil permanecía,  
cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
pintar al vivo podrán  
el desaliento y angustias,

o las imágenes mustias  
que el alma atravesarán  
de aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
perseguida y conculcada

por cuantos males tiranos  
dio en herencia a los humanos  
inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto  
retoñece más robusto  
de su noble alma el valor;  
y otra vez, con paso fuerte,  
holla el fango, do la muerte  
disputa un resto de vida  
a indefensos animales;  
y rompiendo enfurecida  
los espesos matorrales,  
camina a un sordo rumor  
que oye próximo, y mirando  
el hondo cauce anchuroso  
de un arroyo que copioso  
entre la paja corría,  
se volvió atrás, exclamando  
arrobada de alegría:  
—¡Gracias te doy, Dios Supremo!  
Brian se salva, nada temo.

Pronto llega al alto nido  
donde yace su querido,  
sobre sus hombros le carga,  
y con vigor desmedido  
lleva, lleva, a paso lento,  
al puerto de salvamento  
aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
el inmoble cuerpo posa,  
y los labios, frente y cara  
en el agua fresca y clara  
le embebe; su aliento aspira,  
por ver si vivo respira,

trémula su pecho toca;  
y otra vez sienes y boca  
le empapa. En sus ojos vivos  
y en su semblante animado,  
los matices fugitivos  
de la apasionada guerra  
que su corazón encierra,  
se muestran. Brian recobrado  
se mueve, incorpora, alienta;  
y débil mirada lenta  
clava en la hermosa María,  
diciéndola: –Amada mía,  
pensé no volver a verte,  
y que este sueño sería  
como el sueño de la muerte;  
pero tú, siempre velando,  
mi vivir sustentas, cuando  
yo en nada puedo valerte,  
sino doblar la amargura  
de tu extraña desventura.  
–Que vivas tan sólo quiero,  
porque si mueres, yo muero;  
Brian mío, alienta, triunfamos,  
en salvo y libres estamos.  
No te aflijas; bebe, bebe  
esta agua, cuyo frescor  
el extenuado vigor  
volverá a tu cuerpo en breve,  
y esperemos con valor  
de Dios el fin que imploramos.–

Dijo así, y en la corriente  
recoge agua, y diligente,  
de sus miembros con esmero,  
se aplica a lavar primero  
las dolorosas heridas,  
las hondas llagas henchidas

de negra sangre cuajada,  
y a sus inflamados pies  
el lodo impuro; y después  
con su mano delicada  
las venda. Brian silencioso  
sufre el dolor con firmeza;  
pero siente a la flaqueza  
rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
corre a buscar; y un momento,  
sin duda el cielo piadoso,  
de aquellos finos amantes,  
infortunados y errantes,  
quiso aliviar el tormento.

# Sexta parte

*¡Qué largas son las horas del deseo!*  
MORETO.

La espera  
Triste, obscura, encapotada  
llegó la noche esperada,  
la noche que ser debiera  
su grata y fiel compañera;  
y en el vasto pajonal  
permanecen inactivos  
los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
como la luz vespertina  
entre sombra funeral.

Brian, por el dolor vencido  
al margen yace tendido  
del arroyo; probó en vano  
el paso firme y lozano  
de su querida seguir;  
sus plantas desfallecieron,  
y sus heridas vertieron  
sangre otra vez. Sintió entonces  
como una mano de bronce  
por sus miembros discurrir.

María espera, a su lado,  
con corazón agitado,  
que amanecerá otra aurora  
más bella y consoladora;

el amor la inspira fe  
en destino más propicio,  
y la oculta el precipicio  
cuya idea sólo pasma:  
el descarnado fantasma  
de la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
ciega pasión la fascina;  
mostrando a su alma el trofeo  
de su impetuoso deseo  
la dice: tú triunfarás.  
Ella infunde a su flaqueza  
constancia allí y fortaleza;  
Ella su hambre, su fatiga,  
y sus angustias mitiga  
para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿qué sería? Frágil caña,  
que el más leve impulso quiebra,  
ser delicado, fina hebra,  
sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
que pone a raya el destino,  
ángel poderoso y tierno  
a quien no haría el infierno  
vacilar y estremecer.

De su querido no advierte  
el mortal abatimiento,  
ni cree se atreva la muerte  
a sofocar el aliento  
que hace vivir a los dos;  
porque de su llama intensa  
es la vida tan inmensa,  
que a la muerte vencería,

y en sí eficacia tendría  
para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,  
es religión arraigada  
en lo íntimo de la vida.  
Fuente inagotable, henchida  
de esperanza, su anhelo  
no halla obstáculo invencible  
hasta conseguir victoria;  
si se estrella en lo imposible  
gozoso vuela a la gloria  
su heroica palma a buscar.

María no desespera,  
porque su ahínco procura  
para lo que ama, ventura;  
y al infortunio supera  
su imperiosa voluntad.  
Mañana –el grito constante  
de su corazón amante  
la dice–, mañana el cielo  
hará cesar tu desvelo,  
la nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,  
camina en densa tiniebla,  
y en el abismo de espanto,  
que aquellos páramos puebla,  
ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
una faja luminosa  
forma horizonte no lejos;  
sus amarillos reflejos  
en lo obscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,



y que con el viento crece,  
se encrespa, aviva y derrama  
el resplandor y la llama  
en el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
en tinieblas engolfado,  
cuyo esplendor vaga horrendo,  
era trasunto estupendo  
de la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba,  
como ajeno de sentido,  
nada ve: ella un ruido  
oye; pero sólo observa  
la negra desolación,  
o las sombrías visiones  
que engendran las turbaciones  
de su espíritu. ¡Cuán larga  
aquella noche y amarga  
sería a su corazón!

Miró a su amante; espantoso,  
un bramido cavernoso  
la hizo temblar, resonando:  
era el tigre, que buscando  
pasto a su saña feroz  
en los densos matorrales,  
nuevos presagios fatales  
al infortunio traía.  
En silencio, echó María  
mano a su puñal, veloz.

# Séptima parte

*Voyez... Déjà la flamme en torrent se déploie.*

Mirad: ya en torrente se extiende la llama.

LAMARTINE.

La quemazón  
El aire estaba inflamado,  
turbia la región suprema,  
envuelto el campo en vapor;  
rojo el sol, y coronado  
de parda obscura diadema,  
amarillo resplandor  
en la atmósfera esparcía;  
el bruto, el pájaro huía,  
y agua la tierra pedía  
sedienta y llena de ardor.

Soplado a veces el viento  
limpiaba los horizontes,  
y de la tierra brotar  
de humo rojo y ceniciento  
se veían como montes;  
y en la llanura ondear,  
formando espiras doradas,  
como lenguas inflamadas,  
o melenas encrespadas  
de ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas,  
por la esfera dilataban  
como cuando hay tempestad,  
sus negras alas inmensas;  
y más, y más aumentaban

el pavor y obscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
el aire, el humo encendido,  
eran, con el sordo ruido,  
signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
contempla asombrado  
los turbios reflejos;  
del día enlutado  
la ceñuda faz.  
El humilde llora,  
el piadoso implora;  
se turba y azora  
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio  
fatal, estupendo,  
del día del juicio,  
del día tremendo  
que anunciado está.  
Quién piensa que al mundo,  
sumido en lo inmundo,  
el cielo iracundo  
pone a prueba ya.

Era la plaga que cría  
la devorante sequía  
para estrago y confusión:  
de la chispa de una hoguera,  
que llevó el viento ligera,  
nació grande, cundió fiera  
la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos  
relucen, chispean;  
en rubios manojos

sus crines ondean,  
flameando también:  
la tierra gimiendo,  
los brutos rugiendo,  
los hombres huyendo,  
confusos la ven.

Sutil se difunde,  
camina, se mueve,  
penetra, se infunde;  
cuanto toca, en breve  
reduce a tizón.  
Ella era; y pastales,  
densos pajonales,  
cardos y animales,  
ceniza, humo son.

Raudal vomitando  
venía de llama,  
que hirviendo, silbando,  
se enrosca y derrama  
con velocidad.  
Sentada María  
con su Brian la vía:  
—¡Dios mío! —decía—,  
de nos ten piedad.—

Piedad María imploraba,  
y piedad necesitaba  
de potencia celestial.  
Brian caminar no podía,  
y la quemazón cundía  
por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
como culebra serpeando,  
velozmente caminó;

y agitando, desbocada,  
su crin de fuego erizada,  
gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
de animales y reptiles  
quema el fuego vencedor,  
que el viento iracundo atiza;  
vuelan el humo y ceniza,  
y el inflamado vapor,

al lugar donde, pasmados,  
los cautivos desdichados,  
con despavoridos ojos,  
están, su hervidero oyendo,  
y las llamaradas viendo  
subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,  
esperanza ni refugio;  
¿dónde auxilio encontrarán?  
Postrado Brian yace inmoble  
como el orgulloso roble  
que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.  
Detrás, arroyo profundo  
ancho se extiende, y delante,  
formidable y horroroso,  
alza la cresta furioso  
mar de fuego devorante.

—Huye presto —Brian decía  
con voz débil a María—,  
déjame solo morir;  
este lugar es un horno:  
huye, ¿no miras en torno

vapor cárdeno subir?—

Ella calla, o le responde:

—Dios, largo tiempo, no esconde  
su divina protección.

¿Crees tú nos haya olvidado?

Salvar tu vida ha jurado  
o morir mi corazón.—

Pero del cielo era juicio  
que en tan horrendo suplicio  
no debían perecer;  
y que otra vez de la muerte  
inexorable, amor fuerte  
triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora;  
de la pasión que atesora  
el espíritu inmortal  
brota, en su faz la belleza  
estampando y fortaleza  
de criatura celestial,

no sujeta a ley humana;  
y como cosa liviana  
carga el cuerpo amortecido  
de su amante, y con él junto,  
sin cejar, se arroja al punto  
en el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
surca la mansa corriente  
con el tesoro de amor;  
semejante a Ondina bella,  
su cuerpo airoso descuella,  
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
sobre sus hombros nevados,  
suelos, reluciendo van;  
boga con un brazo lenta,  
y con el otro sustenta,  
a flor, el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos  
como dos cisnes queridos,  
que huyen de águila cruel,  
cuya garra, siempre lista,  
desde la nube se alista  
a separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
en perseguirlos. Ufana  
en la orilla opuesta el pie  
pone María triunfante,  
y otra vez libre a su amante  
de horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!  
En sus bellos ojos brota  
del corazón, gota a gota,  
el tesoro sin mancilla,  
celeste, inefable unción;  
sale en lágrimas deshecho  
su heroico amor satisfecho.  
Y su formidable cresta  
sacude, enrosca y enhiesta  
la terrible quemazón.

Calmó después el violento  
soplar del airado viento:  
el fuego a paso más lento  
surcó por el pajonal,  
sin topar ningún escollo;

y a la orilla de un arroyo  
a morir al cabo vino,  
dejando, en su ancho camino,  
negra y profunda señal.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
17-05-2019



# Octava parte

*Les guerriers et les coursiers eux mêmes  
sont là pour attester les victoires de mon bras.*

*Je dois ma renommée à mon glaive...*

[Los mismos guerreros y corsarios  
existen para atestiguar las victorias de mi brazo.

Debo mi renombre a mi espada.]

ANTAR.

Brian

Pasó aquél, llegó otro día  
triste, ardiente, y todavía  
desamparados como antes,  
a los míseros amantes  
encontró en el pajonal.

Brian, sobre pajizo lecho  
inmóvil está, y en su pecho  
arde fuego inextinguible;  
brota en su rostro, visible  
abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos  
sus ojos, como adormidos,  
la luz esquivan, o absortos,  
en los pálidos abortos  
de la conciencia (legión  
que atribula al moribundo)  
verán formas de otro mundo,  
imágenes fugitivas,  
o las claridades vivas  
de fantástica región.

Triste a su lado María  
revuelve en la fantasía  
mil contrarios pensamientos,  
y horribles presentimientos  
la vienen allí a asaltar;  
espectros que engendra el alma,  
cuando el ciego desvarío  
de las pasiones se calma,  
y perdida en el vacío  
se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla  
en mar sin fondo ni orilla,  
do nunca ríe bonanza,  
se encuentra sin esperanza  
de poder al fin surgir.  
Allí ve su afán perdido  
por salvar a su querido;  
y cuán lejano y nubloso  
el horizonte radioso  
está de su porvenir,

cuán largo, incierto camino  
la desdicha le previno,  
cuán triste peregrinaje;  
allí ve de aquel paraje  
la yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
sufre el pausado tormento,  
y abrumada de tristeza,  
al cabo a sentir empieza  
su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
y al aspecto de su amante  
desfallece su heroísmo;

la vuelve, y hórrido abismo  
mira atónita detrás.  
Allí apura la agonía  
del que vio cuando dormía  
paraíso de dicha eterno,  
y al despertar, un infierno  
que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado  
flamea el sol colorado,  
y en la llanura domina  
la vaporosa calina,  
el bochorno abrasador.  
Brian sigue inmóvil; y María,  
en formar se entretenía  
de junco un denso tejido,  
que guardase a su querido  
de la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
que al levantarse o moverse  
hace animal corpulento,  
crujir la paja y romperse  
de un cercano matorral.  
Miró, ¡oh terror!, y acercarse  
vio con movimiento tardo,  
y hacia ella encaminarse,  
lamiéndose, un tigre pardo  
tinto en sangre; atroz señal.

Cobrando ánimo al instante  
se alzó María arrogante,  
en mano el puñal desnudo,  
vivo el mirar, y un escudo  
formó de su cuerpo a Brian.  
Llegó la fiera inclemente;  
clavó en ella vista ardiente,

y a compasión ya movida,  
o fascinada y herida  
por sus ojos y ademán,

recta prosiguió el camino,  
y al arroyo cristalino  
se echó a nadar. ¡Oh amor tierno!  
de lo más frágil y eterno  
se compaginó tu ser.  
Siendo sólo afecto humano,  
chispa fugaz, tu grandeza,  
por impenetrable arcano,  
es celestial. ¡Oh belleza!  
no se anida tu poder,

en tus lágrimas ni enojos;  
sí, en los sinceros arrojos  
de tu corazón amante.  
María en aquel instante  
se sobrepuso al terror,  
pero cayó sin sentido  
a conmoción tan violenta.  
Bella como ángel dormido  
la infeliz estaba, exenta  
de tanto afán y dolor.

Entonces, ¡ah!, parecía  
que marchitado no había  
la aridez de la congoja,  
que a lo más bello despoja,  
su frescura juvenil.  
¡Venturosa si más largo  
hubiera sido su sueño!  
Brian despierta del letargo:  
brilla matiz más risueño  
en su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,  
como el que en vela delira;  
lleva la mano a su frente  
sudorífera y ardiente,  
¿qué cosas su alma verá?  
La luz, noche le parece,  
tierra y cielo se obscurece,  
y rueda en un torbellino  
de nubes. –Este camino  
lleno de espinas está:

Y la llanura, María,  
¿no ves cuán triste y sombría?  
¿Dónde vamos? A la muerte.  
Triunfó la enemiga suerte  
–dice delirando Brian–.  
¡Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
¡cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
su deslealtad pagarán.

Cobra María el sentido  
al oír de su querido  
la voz, y en gozo nadando  
se incorpora, en él clavando  
su cariñosa mirada.  
–Pensé dormías –la dice–,  
y despertarte no quise;  
fuera mejor que durmieras  
y del bárbaro no oyeras  
la estrepitosa llegada.

–¿Sabes? Sus manos lavaron,  
con infernal regocijo,  
en la sangre de mi hijo;  
mis valientes degollaron.

Como el huracán pasó,  
desolación vomitando,  
su vigilante perfidia.  
Obra es del inicuo bando,  
¡qué dirá la torpe envidia!  
Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba,  
y en la villa descansaba.  
Oye; no te fíes, vela;  
lanza, caballo y espuela  
siempre lista has de tener.  
Mira dónde me han traído.  
Atado estoy y ceñido;  
no me es dado levantarme,  
ni valerte, ni vengarme,  
ni batallar, ni vencer.

Venga, venga mi caballo,  
mi caballo por la vida;  
venga mi lanza fornida,  
que yo basto a ese tropel.  
Rodeado de picas me hallo.  
Paso, canalla traidora,  
que mi lanza vengadora  
castigo os dará cruel.

¿No miráis la polvareda  
que del llano se levanta?  
¿No sentís lejos la planta  
de los brutos retumbar?  
La tribu es, huyendo leda,  
como carnicero lobo,  
con los despojos del robo,  
no de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,

y degollados, dormidos,  
nuestros hermanos queridos  
por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! ¡Oh rabia! ¡Oh mancilla!  
Venga mi lanza ligero,  
mi caballo parejero,  
daré alcance a ese tropel.

Se alzó Brian enajenado,  
y su bigote erizado  
se mueve; chispean, rojos  
como centellas, sus ojos,  
que hace el entusiasmo arder;  
el rostro y talante fiero,  
do resalta con viveza  
el valor y la nobleza,  
la majestad del guerrero  
acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.  
Ella, atónita, enmudece,  
ni halla voz su sentimiento;  
en tan solemne momento  
flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:  
en la cercana colina  
triscan las gamas y ciervos,  
y de caranchos y cuervos  
grazna la impura legión,

de cadáveres avara,  
cual si muerte presagiara.  
Así la caterva estulta,  
vil al heroísmo insulta,  
que triunfante veneró.  
María tiembla. Él, alzando  
la vista al cielo y tomando

con sus manos casi heladas  
las de su amiga, adoradas,  
a su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
–Oye, de Dios es arcano,  
que más tarde o más temprano  
todos debemos morir.  
Insensato el que maldice  
la ley que a todos iguala;  
hoy el término señala  
a mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida  
siempre, mi amor, fue la muerte,  
para el bravo, para el fuerte,  
que a la patria y al honor  
joven consagró su vida;  
¿qué es ella?, una chispa, nada,  
con ese sol comparada,  
raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,  
pero a la patria sirviera;  
también mi sangre corriera  
por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
es que de ti me separo,  
dejándote sin amparo  
aquí en esta soledad.

Otro premio merecía  
tu amor y espíritu brioso,  
y galardón más precioso  
te destinaba mi fe.  
Pero ¡ay Dios! la suerte mía  
de otro modo se eslabona;



hoy me arranca la corona  
que insensato ambicioné.

¡Si al menos la azul bandera  
sombra a mi cabeza diese!  
¡O antes por la patria fuese  
aclamado vencedor!  
¡Oh destino! Quién pudiera  
morir en la lid, oyendo  
el alarido y estruendo,  
la trompeta y atambor.

Tal gloria no he conseguido.  
Mis enemigos triunfaron;  
pero mi orgullo no ajaron  
los favores del poder.  
¡Qué importa! Mi brazo ha sido  
terror del salvaje fiero:  
los Andes vieron mi acero  
con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!  
¡Oh embriaguez de la victoria!  
¡Oh campos, soñada gloria!  
¡Oh lances del combatir!  
Inesperadas alarmas,  
patria, honor, objetos caros,  
ya no volveré a gozaros;  
joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario  
de mi primera batalla,  
y en torno a mí todo calla...  
Guarda en tu pecho mi amor,  
nadie llegue a su santuario...  
Aves de presa parecen,  
ya mis ojos se oscurecen;

pero allí baja un condor;

y huye el enjambre insolente,  
adiós, en vano te aflijo...

Vive, vive para tu hijo,  
Dios te impone ese deber.  
Sigue, sigue al occidente  
tu trabajosa jornada;  
adiós, en otra morada  
nos volveremos a ver.

Calló Brian, y en su querida  
clavó mirada tan bella,  
tan profunda y dolorida,  
que toda el alma por ella  
al parecer exhaló.

El crepúsculo esparcía  
en el desierto luz mustia.  
Del corazón de María,  
el desaliento y angustia,  
sólo el cielo penetró.

# Novena parte

Fallece esperanza y crece tormento  
ANÓNIMO.

*Morte bella pareo nel suo bel viso*  
[La muerte parecía bella en su bello rostro.]  
PETRARCA.

María  
¿Qué hará María? En la tierra  
ya no se arraiga su vida.  
¿Dónde irá? Su pecho encierra  
tan honda y vivaz herida,  
tanta congoja y pasión,  
que para ella es infecundo  
todo consuelo del mundo,  
burla horrible su contento,  
su compasión un tormento,  
su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,  
su bullicio y vana gloria,  
si ella, entre todos los seres,  
como desechada escoria,  
lejos, olvidada está?  
¿En qué corazón humano,  
en qué límite del orbe,  
el tesoro soberano,  
que sus potencias absorbe,  
ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,

y una fresca sepultura  
encuentra; lecho postrero,  
que al cadáver del guerrero  
preparó el más fino amor.  
Sobre ella hincada, María,  
muda como estatua fría,  
inclinada la cabeza,  
semejaba a la tristeza  
embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
caen por los hombros tendidos,  
y sombrean de su frente,  
su cuello y rostro inocente,  
la nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
pero como ángel que implora,  
para miserias del suelo  
una mirada del cielo,  
hace esta sencilla prez:

–Ya en la tierra no existe  
el poderoso brazo  
donde hallaba regazo  
mi enamorada sien:  
Tú ¡oh Dios! no permitiste  
que mi amor lo salvase,  
quisiste que volase  
donde florece el bien.

Abre Señor a su alma  
tu seno regalado,  
del bienaventurado,  
reciba el galardón;  
encuentre allí la calma,  
encuentre allí la dicha,  
que busca en su desdicha,

mi viudo corazón.

Dice. Un punto su sentido  
queda como sumergido.  
Echa la postrer mirada  
sobre la tumba callada  
donde toda su alma está;  
mirada llena de vida,  
pero lánguida, abatida,  
como la última vislumbre  
de la agonizante lumbre,  
falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;  
y tomando por la orilla  
del arroyo hacia el ocaso,  
con indiferente paso  
se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
de paja, y mira adelante  
ilimitado horizonte,  
llanura y cielo brillante,  
desierto y campo doquier.

¡Oh noche! ¡Oh fúlgida estrella!  
Luna solitaria y bella  
sed benignas; el indicio  
de vuestro influjo propicio  
siquiera una vez mostrad.  
Bochornos, cálidos vientos,  
inconstantes elementos,  
preñados de temporales,  
apiadaos; fieras fatales  
su desdicha respetad.

Y Tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
de los míseros humanos

está el oculto destino,  
siquiera un rayo divino  
haz a su esperanza ver.  
Vacilar, de alma sencilla,  
que resignada se humilla,  
no hagas la fe acrisolada;  
susténtala en su jornada,  
no la dejes perecer.

Adiós pajonal funesto,  
adiós pajonal amigo.  
Se va ella sola ¡cuán presto  
de su júbilo, testigo,  
y su luto fuiste vos!  
El sol y la llama impía  
marchitaron tu ufanía;  
pero hoy tumba de un soldado  
eres, y asilo sagrado:  
pajonal glorioso, adiós.

Gózate; ya no se anidan  
en ti las aves parleras,  
ni tu agua y sombra convidan  
sólo a los brutos y fieras:  
soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
ligados por la ternura,  
en ti hallaron refrigerio;  
de su infortunio el misterio  
tú sólo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores  
de felices amadores  
tu esquividad no turbaron,  
sino voces que confiaron  
a tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,

con los ásperos graznidos  
de la legión ominosa,  
oirás ayes y gemidos:  
adiós triste pajonal.

De ti María se aleja,  
y en tus soledades deja  
toda su alma; agradecido,  
el depósito querido  
guarda y conserva; quizá  
mano generosa y pía  
venga a pedirte un día;  
quizá la viva palabra  
un monumento le labra  
que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina;  
y la estrella matutina,  
caminando solitaria,  
sin articular plegaria,  
sin descansar ni dormir,  
la ve. En su planta desnuda  
brota la sangre y chorrea;  
pero toda ella, sin duda,  
va absorta en la única idea  
que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.  
Su garganta es viva fragua,  
un volcán su pensamiento,  
pero mar de hielo y agua  
refrigerio inútil es  
para el incendio que abriga,  
insensible a la fatiga,  
a cuanto ve indiferente,  
como mísera demente  
mueve sus heridos pies,

por el Desierto. Adormida  
está su orgánica vida;  
pero la vida de su alma  
fomenta en sí aquella calma  
que sigue a la tempestad,  
cuando el ánimo cansado  
del afán violento y duro,  
al parecer resignado,  
se abisma en el fondo oscuro  
de su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
fiebre lenta y devorante,  
último efugio, suplicio  
del infierno, semejante  
a la postrer convulsión  
de la víctima en tormento:  
trance que si dura un día  
anonada el pensamiento,  
encanece, o deja fría  
la sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde  
tu poder ¡oh Dios! se asconde?  
¿Está, por ventura, exhausto?  
¿Más dolor en holocausto  
pide a una flaca mujer?  
No; de la quieta llanura  
ya se remonta a la altura  
gritando el yajá. Camina,  
oye la voz peregrina  
que te viene a socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,  
cómo te meces ufana!  
Reina, sí, reina orgullosa



eres, pero no tirana  
como el águila fatal;  
tuyo es también el espacio  
el transparente palacio:  
si ella en las rocas se anida,  
tú en la esquividad escondida  
de algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,  
el huracán y el tronido  
ella busca, y deleite halla  
en los campos de batalla;  
pero tú la tempestad,  
día y noche vigilante,  
anuncias al gaucho errante;  
tu grito es de buen presagio  
al que asechancia o naufragio  
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
la voz del ave agorera,  
oye María infelice;  
alerta, alerta, te dice;  
aquí está tu salvación.  
¿No la ves cómo en el aire  
balancea con donaire  
su cuerpo albo-ceniciento?  
¿No escuchas su ronco acento?  
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,  
ni el feliz reclamo escucha;  
y caminando va a prisa:  
el demonio con que lucha  
la turba, impele y amaga.  
Turbios, confusos y rojos  
se presentan a sus ojos

cielo, espacio, sol, verdura,  
quieta, insondable llanura  
donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles  
un grupo de hombres armados  
se acerca. ¿Serán infieles,  
enemigos? No, soldados  
son del desdichado Brian.  
Llegan, su vista se pasma;  
ya no es la mujer hermosa,  
sino pálido fantasma;  
mas reconocen la esposa  
de su fuerte capitán.

Creíanla cautiva o muerta;  
grande fue su regocijo.  
Ella los mira, y despierta:  
–¿No sabéis qué es de mi hijo?–  
con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando a María  
todos el labio sellaron,  
mas luego una voz impía:  
–Los indios lo degollaron–  
roncamente articuló.  
Y al oír tan crudo acento,  
como quiebra el seco tallo  
el menor soplo del viento  
o como herida del rayo,  
cayó la infeliz allí;  
viéronla caer, turbados,  
los animosos soldados;  
una lágrima la dieron,  
y funerales la hicieron  
dignos de contarse aquí.  
Aquella trama formada  
de la hebra más delicada,

cuyo espíritu robusto  
lo más acerbo e injusto  
de la adversidad probó,  
un soplo débil deshizo:  
Dios para amar, sin duda, hizo  
un corazón tan sensible;  
palpitar le fue imposible  
cuando a quien amar no halló.  
Murió María. ¡Oh voz fiera!  
¡Cuál entraña te abortara!  
Mover al tigre pudiera  
su vista sola; y no hallara  
en ti alguna compasión,  
tanta miseria y conflicto,  
ni aquel su materno grito;  
y como flecha saliste,  
y en lo más profundo heriste  
su anhelante corazón.  
Embates y oscilaciones  
de un mar de tribulaciones  
ella arrostró; y la agonía  
saboreó su fantasía;  
y el punzante frenesí  
de la esperanza insaciable  
que en pos de un deseo vuela,  
no alcanza el blanco inefable;  
se irrita en vano y desvela,  
vuelve a devorarse a sí.  
Una a una, todas bellas,  
sus ilusiones volaron,  
y sus deseos con ellas;  
sola y triste la dejaron  
sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba a su desventura  
un amor, una esperanza,  
un astro en la noche oscura,  
un destello de bonanza,

un corazón que querer,  
una voz cuya armonía  
adormecerla podría;  
a su llorar un testigo,  
a su miseria un abrigo,  
a sus ojos qué mirar.  
Quedaba a su amor desnudo  
un hijo, un vástago tierno;  
encontrarlo aquí no pudo,  
y su alma al regazo eterno  
lo fue volando a buscar.  
Murió; por siempre cerrados  
están sus ojos cansados  
de errar por llanura y cielo,  
de sufrir tanto desvelo,  
de afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
de su mirar; ya el desierto,  
su último asilo, los rastros  
de tan hechiceros astros  
no verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
aparece nuevamente  
un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
rosada, entre nieve brilla,  
y revive en su semblante  
la frescura rozagante  
que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
y estampó en su rostro hermoso  
aquel inefable hechizo,  
inalterable reposo,

y sonrisa angelical,  
que destellan las facciones  
de una virgen en su lecho  
cuando las tristes pasiones  
no han ajado de su pecho  
la pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
dormida ¡oh Dios! la creyera;  
deleitándose en el sueño  
con memorias de su dueño,  
llenas de felicidad,  
soñando en la alba lucida  
del banquete de la vida  
que sonrío a su amor puro;  
más ¡ay! que en el seno oscuro  
duerme de la eternidad.

# Epílogo

*Douce lumière, es-tu leur âme?*  
[¿Dulce luz, eres el alma de ellos?]  
LAMARTINE

¡Oh María! Tu heroísmo,  
tu varonil fortaleza,  
tu juventud y belleza  
merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor, el abismo  
fatal tus ojos no vieron,  
y sin vacilar se hundieron  
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
salvar quisiste a tu amante,  
y lo viste delirante  
en el desierto morir.  
¡Cuál tu congoja sería!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;  
y cuando sola te viste  
también mísera caíste  
como árbol cuya raíz  
en la tierra ya no afianza  
su pompa y florido ornato.  
Nada supo el mundo ingrato  
de tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta,  
como diamante en la mina,  
la belleza peregrina  
de tu noble alma quedó.  
El Desierto la sepulta,  
tumba sublime y grandiosa,  
do el héroe también reposa  
que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
fue amar, amor tu delirio,  
amor causó tu martirio,  
te dio sobrehumano ser;  
y amor, en edad florida,  
sofocó la pasión tierna  
que, omnipotencia de eterna,  
trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,  
de amor, ¡oh bella María!  
que la virgen poesía  
corona te forma ya  
de ciprés entretejido  
con flores que nunca mueren;  
y que admiren y veneren  
tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
inhospitable morada,  
que no siempre sosegada  
mira el astro de la luz;  
descollando en una altura,  
entre agreste flor y yerba,  
hoy el caminante observa  
una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre

la copa extensa y tupida  
de un ombú donde se anida  
la altiva águila real;  
y la varia muchedumbre  
de aves que cría el desierto,  
se pone en ella a cubierto  
del frío y sol estival.

Nadie sabe cúya mano  
plantó aquel árbol benigno,  
ni quién a su sombra, el signo  
puso de la redención.  
Cuando el cautivo cristiano  
se acerca a aquellos lugares,  
recordando sus hogares,  
se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,  
si hasta allí llega embebida  
en la caza apetecida  
de la gama y avestruz,  
al ver del ombú gigante  
la verdosa cabellera,  
suelta al potro la carrera  
gritando: -allí está la cruz.

Y revuelve atrás la vista  
como quien huye aterrado,  
creyendo, se alza el airado,  
terrible espectro de Brian.  
Pálido, el indio exorcista  
el fatídico árbol nombra;  
ni a hollar se atreven su sombra  
los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
cuenta que en la noche oscura



suelen en aquella altura  
dos *luces* aparecer;  
que salen, y habiendo errado  
por el desierto tranquilo,  
juntas a su triste asilo  
vuelven al amanecer.  
Quizá mudos habitantes  
serán del páramo aerio,  
quizá espíritus, ¡misterio!,  
visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
de la inquieta fantasía,  
forman coro en la armonía  
de la invisible creación.